


Notas sobre la irrupción de la antropología social en la Universidad de Buenos Aires



Fernando Alberto Balbi

doi: 10.34096/runa.v43i3.8737

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Instituto de Ciencias Antropológicas. Sección Antropología Social. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
CONICET. Buenos Aires, Argentina
Correo electrónico: fabalbi@yahoo.com.ar
 <https://orcid.org/0000-0002-8547-6715>

Resumen

En este ensayo exploro algunos aspectos de la forma en que la antropología social fue implantada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires a partir de 1984, rastreando sus huellas en las páginas de *Runa* y recuperando mi propia experiencia. Asimismo, sugiero que en esos años se sentaron las bases de algunos rasgos que caracterizan a la situación actual de la especialidad en esta casa de estudios, tales como la fuerte impronta política de nuestras investigaciones y la heterogeneidad de sus orientaciones teóricas y metodológicas, entre otras.

Palabras-clave

Antropología Social; Etnografía; Universidad de Buenos Aires; Democracia; Argentina

Notes on the irruption of social anthropology at the University of Buenos Aires

Abstract

In this essay I explore some aspects of the way in which social anthropology was instituted in the School of Philosophy and Literatures of the Universidad de Buenos Aires in 1984, tracing its path through the pages of *Runa*, while revisiting my own experience. I also suggest that during those years, the foundations were laid for some of the features that characterize the field's current situation in this school—such as the strong political imprint of our investigations and the heterogeneity of their theoretical and methodological orientations, among others.

Key words

Social Anthropology; Ethnography; University of Buenos Aires; Democracy; Argentina



Notas sobre a irrupção da antropologia social na Universidade de Buenos Aires

Resumo

Palavras-chave

Antropología Social; Etnografía;
Universidad de Buenos Aires;
Democracia; Argentina

Neste ensaio, exploro alguns aspectos da maneira como a antropologia social foi implantada na Faculdade de Filosofia e Letras da Universidade de Buenos Aires desde 1984, rastreando suas marcas nas páginas de Runa e recuperando a minha própria experiência. Sugiro também que, naqueles anos, foram estabelecidas as bases para algumas características da situação atual da especialidade nesta casa de estudos, como a forte marca política da nossa pesquisa e a heterogeneidade das suas orientações teóricas e metodológicas, entre outras.

Introducción

La celebración de los setenta años de la revista *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre* nos invita a meditar sobre la historia de la Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, de la cual ha sido una pieza central. En este marco, me interesa particularmente mi especialidad, la antropología social, cuya implantación formal en nuestra institución en 1984 coincidió con el momento de mi ingreso a la licenciatura en Ciencias Antropológicas como estudiante. Quisiera examinar algunos aspectos de ese período y arriesgar una hipótesis sobre la permanencia de sus huellas en los que, en mi opinión, son algunos puntos fuertes y limitaciones de nuestra antropología social actual.

Antes de entrar en tema, sin embargo, conviene aclarar desde dónde y cómo escribo.¹ A diferencia de algunos colegas que colaboran en este número aniversario, no lo hago como especialista en la historia de la Antropología argentina. En cambio, para expresarlo en los términos propuestos por Jean Lave (1991), escribo como alguien que desarrolló desde 1984 una *participación periférica legítima* en la *comunidad de prácticas* naciente de nuestra antropología social y, con el tiempo, ha llegado a ser un *participante pleno* en cuanto profesor regular a cargo de una materia de nuestra carrera e investigador radicado en la Sección Antropología Social del Instituto de Ciencias Antropológicas (SEANSO-ICA). Mi trayectoria profesional representa uno de los muchos hilos que conforman la historia reciente de la antropología social que se hace en nuestra facultad y es en ese carácter que me permito reflexionar sobre ella en estas páginas. Puesto que escribo desde una posición tan claramente situada, adopto el formato del ensayo, que me permite combinar un intento de objetivación de nuestra historia reciente con el pleno reconocimiento de mi participación en ella. En esta tónica, elijo estructurar este texto en forma de una serie de viñetas que —espero— formen en conjunto una suerte de tapiz, más que en la de un relato cronológico o planteando un problema para luego tratar de resolverlo. Mi intención es capturar algunos elementos centrales de lo que eran nuestras *perspectivas nativas* —es decir, de las representaciones más o menos compartidas por los antropólogos sociales de nuestra facultad y los aspirantes a serlo— a fin de usarlas como una vía de acceso al análisis de la manera en que la especialidad fue implantada en esta casa y, finalmente,

1. Por una serie de reflexiones sobre los lugares de enunciación y los modos en que se ha escrito la historia de la Antropología en nuestro país véase Name (2012).

reflexionar brevemente sobre sus relaciones con algunos rasgos que entiendo característicos de nuestra situación actual.

En mi intento de aportar a la comprensión de lo que sucedió entonces y de lo que ocurre hoy en día a través del análisis de cómo los antropólogos sociales de aquellos tiempos entendíamos a nuestra especialidad y sus relaciones con otras con las que convivía en el marco de la facultad, me interesa especialmente no reificarlas, es decir, no dar la impresión de que existían o existen de esta o aquella forma de una vez y para siempre. A tal efecto, he optado por escribir los nombres de las especialidades (antropología social, etnología, etc.) usando iniciales en minúscula pues — como bien sabemos quienes investigamos sobre política — la mayúscula inicial es, casi siempre, un salto mortal hacia el abismo de la reificación.² Asimismo, para evitar cualquier ambigüedad en ese sentido, recurriré a las itálicas toda vez que necesite denotar el punto de vista de los antropólogos sociales del período de la implantación de la especialidad en nuestra facultad.³ Apelando a estos recursos, espero poder moverme por ese espacio brumoso — tan característico de la etnografía — que se extiende entre lo que los sujetos se representan acerca de su mundo social y lo que este es en la práctica.

Irrupción

El notable contraste entre los volúmenes XIII (de 1981) y XIV (de 1984) de *Runa* muestra a las claras que la antropología social, que no había llegado a ser institucionalizada en nuestra facultad durante las dos décadas anteriores, lo fue de la mano de la recuperación de la democracia de una forma que tuvo las características de una auténtica irrupción. Si el volumen XIII se reparte entre la arqueología, la etnología y el folklore, el XIV no sólo incluye artículos de antropología social sino que los ubica ostentosamente en sus primeras páginas y, por ende, encabezando su índice. Además, la nueva directora del ICA y de la revista, Ana María Lorandi, dedica en parte la “Advertencia” que abre el volumen a advertir — precisamente — que sus páginas estarían abiertas a la antropología social⁴ sin que eso significara la exclusión de ninguna de las ramas más consolidadas de la disciplina:

Nos ocupamos, por cierto, de las ciencias del hombre. De todos los hombres, los del pasado y los del presente. Nos ocupamos del otro, el ser “diferente” o extraño a nuestra propia cultura, sujeto que tradicionalmente cautivó la curiosidad de los etnógrafos. También del pasado recuperable por la arqueología y también de la sociedad de las llamadas “etapas históricas”. Nos interesan nuestros contemporáneos, no sólo los “otros”, es decir, nuestra propia entidad socio-cultural.

La sociedad es un inmenso caleidoscopio y no debemos detener sus giros para contemplar sólo algunos de sus segmentos. Por esta razón, los temas desarrollados en la presente entrega reflejan variedad de intereses temáticos, teóricos y metodológicos (La Dirección, 1984, p. 9).

Pero, ¿qué era esa antropología social que irrumpía en *Runa*? Los autores seleccionados ofrecen una pista elocuente. En orden de aparición, se encuentran: el prestigioso colega brasileño Roberto Cardoso de Oliveira; Leopoldo Bartolomé, director de la Licenciatura en Antropología Social de la Universidad Nacional de Misiones; la joven Gabriela Karasik, cuyo artículo presenta resultados de una investigación dirigida por el folklorólogo Rodolfo Merlino pero tiene todas las características de un trabajo de antropología social y es denotado como tal por su ubicación en el volumen; y el antropólogo argentino radicado

2. En cambio, empleo la mayúscula inicial para referirme a la Antropología porque no abordo en estas páginas el problema de los límites —pasados o presentes, efectivos o imputados— de la disciplina.

3. Como el lector ya habrá advertido, también me valgo de las itálicas para resaltar o singularizar algunos términos y expresiones.

4. Ciertamente, esta advertencia no refería solamente a la introducción de la antropología social en la revista. Resulta visible en el texto que Lorandi, quien luego de formarse en Historia y trabajar como arqueóloga se había dedicado a la etnohistoria, también estaba indicando que *Runa* iba a dar cabida a su propia especialidad (ver Ramos y Chiappe, 2022, en este dossier). Por otro lado, los números de *Runa* del período considerado en estas páginas reflejan otra transformación en curso: la profunda renovación del personal y los enfoques que se dieron por entonces en la arqueología que se hacía en nuestra facultad (ver Nastri, Cantarelli, Gandini y García, 2022, en este dossier).

5. En el artículo publicado en este dossier, Ramos y Chiappe (2022) observan que la inclusión del texto de Cardoso de Oliveira en el volumen XIV de *Runa* parece apuntar a legitimar al pasado como objeto de la Antropología y, con ello, a la etnohistoria como especialidad presente sus páginas y en el ICA. Entiendo que su observación y la hecha por mí no son mutuamente excluyentes.

en México Néstor García Canclini. De los cuatro, solamente Karasik representaba a la antropología social de la facultad: la presencia de los restantes colegas parece tender a legitimar la inclusión de la especialidad en esas páginas apelando a firmas reconocidas⁵ pero, sobre todo, es reveladora de que no había en 1984 demasiadas posibilidades de publicar textos de antropólogos sociales de la facultad porque, sencillamente, esa producción era casi inexistente. Como ha señalado Rosana Guber (2009):

La cesura 1974-1984 había desarmado a la naciente antropología social de los 60-70, y el panorama era desolador: investigaciones sueltas, ausencia de trabajo de campo, publicaciones inexistentes, nulo entrenamiento formal (p. 26).

En efecto, la antropología social que irrumpía en 1984 no era un modelo para armar en base a un instructivo, sino que estaba por hacerse en toda la extensión de la expresión. Era, apenas, un despliegue de voluntad habilitado por el decano normalizador de la facultad, Norberto Rodríguez Bustamante, quien abriera la puerta a “unos pocos antropólogos sociales de los 60-70” (Guber, 2009, p. 26), en un gesto que supuso el “ingreso como docentes de quienes atravesaron como alumnos el período 66-76” (p. 26) en un número importante gracias a la masividad de la afluencia de nuevos estudiantes posibilitada por la eliminación de los cupos de ingreso vigentes durante la dictadura. Esa voluntad era, desde luego, la de establecer a la antropología social como especialidad, cosa que se concretaría con el remplazo de las orientaciones en etnología y folklore por la dedicada a aquella en el plan de estudios de 1985 y la creación de la Sección Antropología Social (SEANSO). Pero había algo más: la voluntad, muy extendida, de hacer una antropología social caracterizada por su *compromiso*.

Ciertamente, esta es una idea cara a las ciencias sociales de nuestro país, pero la especificidad del *compromiso* como ideal constitutivo de la antropología social de nuestra facultad ha sido claramente establecida y sus orígenes pueden rastrearse hasta la primera cohorte de nuestra carrera, inaugurada en 1959 (Guber, 2007, 2009; Guber y Visacovsky, 1997-1998).⁶ El *compromiso* sirvió como símbolo articulador (Cohen, 1974) de una comunidad profesional naciente que era lo bastante heterogénea en términos teóricos, metodológicos y político-ideológicos (Guber, 2009) como para necesitar urgentemente esa clase de recurso. Pero los símbolos no son eficaces *per se* sino que dependen, para serlo, de exhibir una mínima adecuación a las condiciones sociales en que se los despliega: así, si el ideal del *compromiso* pudo articular en alguna medida a nuestra antropología social naciente fue porque muchos de sus protagonistas estaban realmente interesados en investigar cuestiones que les parecían socialmente significativas. Jalonado por colegas que habían impulsado una Antropología *comprometida* desde los sesenta y por graduados recientes que habían transitado los años de la dictadura sosteniendo la bandera de la antropología social a modo de una “utopía política, más que como opción académica” (Guber y Visacovsky, 1997-1998, p. 41), el cuerpo docente formado desde 1984 derivó en el desarrollo de numerosos grupos de investigación centrados en temas que despertaban algún grado de *compromiso* entre sus integrantes.

6. Véase Bartolomé et al. (2007) por un análisis histórico de las relaciones entre Antropología y política en nuestro país que excede al caso de la UBA.

Rechazo

A mediados de los noventa, preparando una monografía para un seminario de doctorado dictado por Carlos Herrán, decidí explorar un asunto que me llamaba la atención: la aparente inexistencia de un corpus bibliográfico

claramente común a los antropólogos sociales que trabajábamos en la facultad. Aprovechando la libertad que me ofrecía la ocasión, actué con toda arbitrariedad. Para comenzar, elaboré una lista de treinta autores del siglo XIX y las primeras seis décadas del XX (algunos de los cuales todavía estaban en actividad) que me parecían históricamente significativos y/o encontraba citados con cierta regularidad en trabajos recientes de autores de las academias centrales: Bronislaw Malinowski, Claude Lévi-Strauss, Fredrik Barth, Raymond Firth, E. R. Leach, Max Gluckman, Marcel Mauss, Émile Durkheim, Melville Herskovits, E. E. Evans-Pritchard, Lewis Henry Morgan, A. R. Radcliffe-Brown, Margaret Mead, Gregory Bateson, E. B. Tylor, Meyer Fortes, Victor Turner, S. F. Nadel, Mary Douglas, Jack Goody, Franz Boas, Robert Redfield, George Murdock, James George Frazer, Herbert Spencer, Lucien Levy-Bruhl, Robert Lowie, A. L. Kroeber, Ruth Benedict y Ralph Linton.⁷ Luego seleccioné cien textos publicados entre 1984 y 1996 por antropólogos sociales graduados de y/o empleados en la facultad (incluyendo algunas de becarios, tanto graduados como estudiantes avanzados) combinando los azares de mi biblioteca personal y de un armario olvidado en la hoy extinta sala de becarios del ICA, e incluyendo intencionalmente un par de manuales que estimaba pertinentes por sus intenciones didácticas y algún texto mío porque, como citaba a algunos de los autores seleccionados, pensé que excluirme hubiera distorsionado la selección. Me tiento formalizar retrospectivamente mi proceder diciendo que apelé a una muestra intencional no probabilística (como lo ha sugerido, con suma generosidad, uno de los colegas que evaluó anónimamente este artículo) pero, con toda franqueza, no hice otra cosa que reunir tantos textos pertinentes como pude encontrar en mi modesta biblioteca y completar la centena con los primeros textos que encontré en la sala de becarios; en rigor, los únicos criterios que apliqué fueron los de no descartar los manuales que había encontrado (recuerdo que lo pensé bastante ya que es un género que me resulta indiferente) y de incluir mis únicos dos artículos publicados hasta la fecha.

Procedí, entonces, a ver si los autores seleccionados eran o no citados en nuestras publicaciones, encontrando setenta y dos citas correspondientes a veintitrés de ellos, mientras que los restantes siete no eran citados en lo absoluto. De esas citas, cuarenta y nueve correspondían a textos de investigación empírica o a ensayos teóricos, trece a escritos sobre metodología y las diez restantes a los manuales. El autor más citado era Malinowski (once veces), a quien seguían Lévi-Strauss y Barth (ocho), mientras que un autor de la centralidad histórica de Boas, por ejemplo, solamente aparecía citado una vez (y en un manual), lo mismo que Goody, a pesar de que éste era por entonces un autor de referencia en temas directamente relacionados con campos temáticos que ocupaban a algunos colegas de la facultad.⁸ Finalmente, indagué si algún otro autor, fuera antropólogo o no, era citado de una manera recurrente (tenía ciertas expectativas en relación con Karl Marx y con autores contemporáneos como Pierre Bourdieu, Maurice Godelier, Néstor García Canclini, Eduardo Menéndez y algunos otros) pero no encontré ningún caso que mereciera ser registrado. Tal como lo sospechaba, los antropólogos sociales de la UBA no compartíamos ningún autor que ocupara el lugar de un *clásico* (Alexander, 1991).

Aunque fallido, mi ejercicio alcanzaba a reflejar una actitud bastante extendida en nuestra comunidad profesional naciente: el rechazo hacia la llamada *antropología clásica*, una mirada que, como ha señalado Sergio Visacovsky (2017), era realmente “hostil” (p. 71) y tendía a reducir “las teorías e investigaciones de la antropología cultural y social norteamericana y británica a una suerte de colección de empirismo ingenuo e ideología colonialista” (p. 71). Aunque

7. Es claro que hay en esta lista omisiones absurdas (¿cómo no están Julian Steward o Eric Wolf, por ejemplo?) y presencias bastante injustificadas (¿Spencer?, ¿Linton?, ¿Murdock?, ¿Mead?), todo lo cual, sencillamente, delata mis sesgos y la medida de mi ignorancia en aquellos tiempos —por no hablar de que estaba dando por sentado que lo que yo leía era representativo de la producción contemporánea en la disciplina—.

8. No conservo el texto de mi monografía pero sí las tablas que elaboré para sintetizar los resultados del relevamiento. Observándolas, puedo advertir que uno de mis artículos incluidos en la muestra contenía dos de las ocho citas de trabajos de Barth y dos de las cuatro dedicadas a Gluckman.

9. Hablo de Mauricio Boivin y Ana Rosato, respectivamente director e investigadora del equipo al que me sumé como auxiliar en 1986. También Sofía Tiscornia era investigadora de ese equipo, aunque pronto se volcó al campo de la antropología política y jurídica.

10. Véase Guber (2008) en lo que refiere al texto mencionado de Menéndez.

11. Debería agregar que la mayor parte de las lecturas de antropólogos del período considerado que hice como alumno de la carrera corresponden a dos materias del viejo plan de estudios que cursé en 1984 con las nuevas cátedras conformadas para la ocasión (Introducción a las Ciencias Antropológicas, a cargo de Carlos Herrán, e Historia del Pensamiento y la Cultura Occidental, encabezada por Blas Alberti) y a dos del nuevo plan establecido en 1985 (Historia de la Teoría Antropológica, también dictada por Herrán, y Antropología Sistemática III [Sistemas Simbólicos], a cargo del *etnólogo* Edgardo Cordeu).

12. Esta situación se prolongó —por lo menos— durante la primera mitad de los noventa, con el muy ligero cambio que supuso el inicio de las actividades, en el segundo cuatrimestre de 1990, de la cátedra “B” de la materia Antropología Sistemática I (Organización Social y Política), a cargo de Mauricio Boivin, cuyo programa se centró en la *antropología clásica*, con lecturas detalladas de Durkheim, Malinowski, Radcliffe-Brown, Evans-Pritchard, Fortes, Firth, Lévi-Strauss y Julian Pitt-Rivers (otro autor significativo que no estaba en mi lista), y en cuyos trabajos prácticos se leían varias etnografías completas y amplias selecciones de otras. Cabe aclarar que he formado parte de la cátedra desde ese entonces y que actualmente estoy a cargo de la materia.

algunos antropólogos sociales de la facultad —incluyendo a los colegas con que me formé—⁹ intentaban recuperar críticamente a esas escuelas para abordar las realidades contemporáneas, tanto “la lectura analítica de monografías etnográficas clásicas como el trabajo de campo y la producción de conocimiento basado en investigación etnográfica no constituían prácticas reconocidas como legítimas” (Visacovsky, 2017, p. 71). Enraizada en la agitada historia temprana de la carrera, allí donde se había gestado el ideal del *compromiso* (Guber, 2007, 2009; Guber y Visacovsky, 1997-1998), esta tendencia era epitomizada por la simplista caracterización del llamado “modelo antropológico clásico” desarrollada por Eduardo Menéndez en un manuscrito que circulaba desde 1975 (Visacovsky, 2017).¹⁰ En un texto posterior que presenta esta tendencia en su forma más marcada puede leerse:

...no nos corresponde ni compete hacernos cargo de tradiciones teóricas que en términos muy amplios conocemos como “antropología clásica”. Esta, como planteamos al inicio, se desarrolló acompañando los procesos de colonización [...] Pero nuestro trabajo se desarrolla desde, para y en América Latina. Entonces, no nos sentimos ni somos herederos reales de esas tradiciones formativas; de cómo esa antropología se fue perfilando históricamente, a qué intereses “objetivos” respondió, a los perfiles profesionales y académicos que la caracterizaron, etc. (Neufeld y Wallace, 1999, p. 51).

Si bien el pasaje prosigue planteando la necesidad de hacer una “lectura cuidadosa” de autores como “Malinowski, Radcliffe-Brown, Evans-Pritchard o Redfield” (Neufeld y Wallace, 1999, p. 51), lo cierto es que durante la segunda mitad de los ochenta ello no sucedía. Como parte del mismo ejercicio, relevé la cantidad de textos que había leído de los autores seleccionados en las catorce materias total o parcialmente dedicadas a la antropología social (tres anuales y once cuatrimestrales) que había cursado entre 1984 y 1990. Descubrí que no había leído absolutamente nada de diecisiete de ellos (incluyendo a Evans-Pritchard, Gluckman, Redfield, Bateson y Goody) y que solamente había leído treinta y un capítulos (pero ningún libro completo) y artículos de los restantes trece (encabezaba Lévi-Strauss, con nueve lecturas, seguido por Malinowski con cuatro y Leach con tres). En este caso, no relevé las cantidades de lecturas de otros autores no incluidos en mi lista (Marx, sin lugar a dudas, hubiera liderado, seguido acaso por Godelier) pero sí pude comprobar que, como bien recordaba, no había leído en toda la carrera una etnografía completa.¹¹ Resulta claro que, como bien señalaba Visacovsky, el rechazo hacia la *antropología clásica* predominaba sobre los intentos de apropiarse críticamente de ella.¹²

¿Independencia?

El volumen XV de *Runa* (de 1985) abre con un texto realmente notable que reproduce la intervención de Ana María Lorandi en el acto de presentación de la edición anterior. Su exposición y, especialmente, el hecho de que se la publicara, muestra claramente que la irrupción de la antropología social en las páginas de *Runa* —que era decir en el ICA y en la carrera— había sido traumática para propios y ajenos. Dice Lorandi:

Runa ha sido siempre una revista multidisciplinaria, que ha albergado en sus páginas a todas las especialidades de la Antropología. Tiene una larga y honrosa trayectoria y la mejor manera de ser fiel a ese pasado será pensar en el futuro. Fundamentalmente, *Runa* deberá ser pluralista en el sentido teórico y metodológico. Pluralismo que no significa tan solo tolerancia, palabra que evoca un consentimiento restringido.

Tenemos que aprender a aceptar que se expresen en *Runa* tanto los modelos y enfoques teóricos tradicionales como aquéllos de avanzada; en suma, mostrar todas las tendencias actualmente imperantes. Debemos, entonces, desechar los cantos de sirena que proponen actitudes maniqueístas y rechazos a determinadas teorías o escuelas, cualquiera sea su origen. Los jóvenes y los no tan jóvenes ejercen, a veces, sin saberlo, el terrorismo intelectual, proponiendo que la única vertiente válida proviene de aquellos enfoques que recurren a métodos y técnicas muy sofisticadas. Estos tendrán su acceso a *Runa*, pero no serán los únicos. También hay terrorismo intelectual en los que piensan que solo son válidos los enfoques totalizadores, realizados desde una perspectiva social o humanística. También tendrán acceso a *Runa*, pero no serán los únicos. Hay falsas antinomias entre los que sostienen que una escuela es necesariamente mejor que otra. Todas serán bien recibidas en *Runa*. La sola condición es la seriedad de los trabajos y la metodología rigurosa (Lorandi, 1985, p. 9).¹³

Si bien Lorandi está diciendo lo mismo que dijera en la “Advertencia” del volumen XIV, aquí lo expresa de una manera bastante más firme y hasta exasperada. Las reiteraciones, lo mismo que las referencias al “terrorismo intelectual” de los “jóvenes y los no tan jóvenes” y a las “falsas antinomias”, hablan a las claras de la existencia de tensiones.¹⁴ No puedo reconstruir este episodio en detalle pero sí apreciar que un componente de la tensión que permite entrever es el absoluto rechazo que predominaba entre los antropólogos sociales locales hacia la *etnología*, que era percibida como asociada a la Escuela Histórico-Cultural devenida localmente en fenomenología de la mano de Marcelo Bórmida (Guber, 2007, 2009; Visacovsky, 2017). Los estudiantes de aquellos años, y especialmente quienes nos sumamos a equipos de investigación, fuimos socializados en ese rechazo aunque no instruidos en un análisis crítico de la *etnología*, que no era abordada en las materias de la carrera ni en las publicaciones de los antropólogos sociales de la facultad. Pese al trabajo pionero de Tiscornia y Gorlier (1984) y a algunos esfuerzos aislados como el de Scotto (1993), la actitud predominante fue un rechazo a libro cerrado por parte de quienes habían sido expuestos previamente a esos enfoques y a sus connotaciones político-ideológicas implícitas.¹⁵ Véase este pasaje en que Neufeld y Wallace se posicionan frente a la Escuela Histórico-Cultural:

Su propósito fundamental era reconstruir los “patrimonios” en estado puro, no contaminado, de los pueblos americanos. No los conmovió el etnocidio: no se trataba más que de pueblos objeto, pueblos etnográficos. Esta es la tradición intelectual de la que —eventualmente— deberíamos sentirnos herederos. Esta es *nuestra* atadura, y desde ya, respecto de ella, marcamos nuestra independencia (Neufeld y Wallace, 1999, pp. 51 y 52).

En este contexto, a despecho de las intenciones de los editores de dar cabida a todas las especialidades de la Antropología que se practicaban en la facultad (reflejadas en la integración de su comité editorial, que durante la segunda mitad de los ochenta, contó con la presencia de los antropólogos sociales Esther Hermitte y Carlos Herrán),¹⁶ lo cierto es que fueron muy pocos los antropólogos sociales de la casa que publicaron en *Runa* hasta 1995, cuando dejó de salir por varios años. A pesar de la defensa del “pluralismo” hecha por Lorandi —o justamente por las razones que la hicieron necesaria—, los volúmenes XV y XVI (de 1986) no incluyen artículos de antropólogos sociales locales, el volumen XVII-XVIII (de 1988) presenta tres artículos de la especialidad, de los cuales solamente uno es un producto local (el de Ana Rosato; los otros dos son de Menéndez y del colega brasileño Gustavo Lins Ribeiro, que había tenido un paso por Misiones), y el XIX (de 1990) alcanza un récord en este sentido,

13. Es interesante la similitud que existe entre los dos editoriales de Lorandi y el escrito mucho tiempo antes por Marcelo Bórmida (1958-1959) para la presentación del volumen XI de la revista: “RUNA estuvo y estará abierta a todas las tendencias y a todas las escuelas. Si alguna acción podrá ejercerse desde esta dirección será tan solo en la obvia selección de los trabajos a publicarse sobre la base de su calidad científica. Y por calidad científica entendemos no sólo el dominio de los conocimientos y de las técnicas necesarias para llevar a cabo una investigación, sino también el valor intrínseco de sus resultados, el que puede juzgarse en base a la posibilidad que estos tengan de ser integrados en una problemática antropológica más vasta” (p. 6). Las diferencias entre unos y el otro residen en cómo concebían sus autores a la Antropología y en el hecho de que, como observan Ramos y Chiappe (2022) en su contribución a este *dossier*, Bórmida escribía desde una posición hegemónica en la Antropología de la facultad, mientras que Lorandi trataba de posicionarse de manera descentrada en un ámbito plagado de tensiones y diferencias (cosa que había de conseguir, tornándose en una figura central de la carrera y del ICA). Sobre la línea editorial que tuvo efectivamente *Runa* bajo la dirección de Bórmida, véase el artículo de Silla (2022) en este *dossier*.

14. Respecto de las tensiones que atravesaron al ICA en ese período y a sus repercusiones en las páginas de *Runa*, véase, una vez más, el artículo de Ramos y Chiappe (2022) en este *dossier*.

15. Entiendo que el hecho de que los antropólogos sociales de la UBA no hayamos desarrollado una crítica sistemática de la etnología fenomenológica vernácula es una de las condiciones de posibilidad de algunas reivindicaciones recientes de la figura de Bórmida en cuanto investigador y teórico. Ver, por ejemplo, el artículo de Silla (2022) en este *dossier*; también Silla (2014).

16. A este respecto, ver Guber (2022) en este *dossier*.

con tres trabajos de autores de la casa (un artículo de Juan Carlos Radovich y Alejandro Balazote, más otro artículo y una compilación documental realizados por Patricia Arenas).¹⁷

17. Los tres volúmenes restantes agrupan trabajos resultantes de encuentros académicos, de modo que, por su carácter temático, no son representativos en relación con el tema que me ocupa.

18. Sobre la trayectoria de Carnese, ver la semblanza trazada por Avena (2022), en este *dossier*.

19. Para esa fecha, Neiburg se encontraba en Brasil pero había sido docente de la carrera y su artículo presentaba resultados de una investigación desarrollada desde la SEANSO.

20. Tanto Babor como yo éramos estudiantes a punto de graduarnos y becarios de UBACyT.

21. Esa hostilidad fue puesta en evidencia por los episodios resultantes del acceso de algunos de los promotores de la etnología bormidiana a la Comisión Asesora de Historia y Antropología del CONICET al comienzo de la presidencia de Carlos Menem. Véanse los documentos compilados en *Cuadernos de Antropología Social* con el título "Notas para una historia de la antropología social en la Argentina" (AAVV, 1990).

22. Me interesa especialmente no reificar a ninguna de las especialidades que menciono, de manera que vale la pena consignar que tanto uno de los evaluadores de este artículo como Mariela Eva Rodríguez, coeditora de este *dossier*, comentaron que quienes trabajan actualmente en la Sección Etnología no se autoperciben como etnólogos. Por otro lado, no me consta cómo se consideraban los colegas de aquellos años, aunque no puedo dejar de observar que, a la hora de descartar la referencia a las *antropologías especiales*, quienes controlaban la toma de ese tipo de decisiones optaron por un nuevo nombre que incluía la palabra etnología, con lo que contribuyeron activamente —aunque, estimo, sin proponérselo— a alimentar la forma en que los antropólogos sociales nos los representábamos. De todas formas, claro está, lo que somos no siempre coincide con lo que creemos ser y, de hecho, casi nunca se reduce a esto.

Rosana Guber (comunicación personal) ha sugerido que esa escasez de trabajos de antropólogos sociales en las páginas de *Runa* podría deberse a que apenas estaban empezando a investigar y no tenían resultados publicables. La observación me parece pertinente, pero mis recuerdos de la época (que, desde luego, pueden ser inexactos) incluyen referencias de docentes y discípulos a *Runa* como *una revista de etnología*, arqueología, folklore y antropología física (expresión que comenzaba a ser remplazada por la que usamos hoy, antropología biológica, de la mano del ingreso del recordado Raúl Carnese al ICA y a la carrera y de la renovación de perspectivas que ello supuso).¹⁸ Además, *Cuadernos de Antropología Social*, la revista lanzada por la SEANSO en 1988, publicó trabajos de antropólogos sociales locales desde su segundo número (del mismo año). Aunque, abonando la hipótesis de Guber, el número 3 (de 1989) presentó apenas dos textos locales (uno de la propia Guber y Ana Rosato, el otro de Carlos Reynoso) en medio de abundantes traducciones y artículos de antropólogos sociales de otros centros académicos del país y de México, el número 4 (de 1990) agrupó cinco artículos de docentes, investigadores y becarios de la facultad (Carlos Herrán, Graciela Batallán y Raúl Díaz, Federico Neiburg,¹⁹ Salomón Babor y yo mismo, que publicaba mi primer artículo)²⁰ y, desde entonces, los autores de la casa pasaron a predominar.

Se diría, entonces, que durante la segunda mitad de la década del ochenta *Runa* no aparecía como un espacio atractivo para los antropólogos sociales y los estudiantes avanzados de la especialidad de la facultad porque se la asociaba a una concepción de la Antropología que casi todos rechazábamos: la misma que había reinado hasta la recuperación de la democracia, en la que sólo tenían cabida la etnología, la etnohistoria, el folklore, la arqueología y la antropología física.

Empero, si desde la antropología social naciente se rechazaba a la *etnología* como un todo, lo cierto es que ese término cubría un campo que era heterogéneo. No puedo presumir de conocerlo en detalle pero, como mínimo, puedo observar que, por aquellos años, la etnología bormidiana de pura cepa tenía su nicho en el Centro Argentino de Etnología Americana (CAEA-CONICET, creado por el propio Bórmida), donde se mantenía la vieja actitud beligerante para con la antropología social,²¹ mientras que en el ICA trabajaba un grupo de antropólogos que pertenecían a la Sección Etnología y Etnografía (antes Centro de Estudios en Antropologías Especiales - CEANES) como Edgardo Cordeu, Alejandra Siffredi y los más jóvenes Claudia Briones de Lanata, el malogrado Miguel Ángel Olivera, Pablo Wright y Morita Carrasco, entre otros.²² En ese contexto, vale la pena observar que la literatura de la llamada *antropología clásica* era mucho más citada en los artículos que publicaban en *Runa* durante esos años los *etnólogos* del ICA que en los que publicábamos los antropólogos sociales y quienes estábamos formándonos en esta especialidad: se trata, sin dudas, de una ironía que no podían advertir quienes, desde nuestro lado del mostrador, rechazaban las tradiciones clásicas. Ahora bien, puesto que todos los colegas mencionados fueron docentes de la carrera, entiendo que habría que explorar la influencia ejercida por quienes se ubicaban institucionalmente en el ICA como especialistas en etnología sobre la forma que fue tomando nuestra propia especialidad durante los últimos tres lustros del

siglo pasado. Sospecho que nuestra antropología social ha sido mucho menos independiente de esa etnología de lo que por ese entonces estábamos dispuestos a admitir.

Apertura

El escaso espacio disponible exige que el cierre de estas líneas sea apenas una movida de apertura. Me limitaré, pues, a arriesgar la hipótesis de que diversos rasgos de nuestra antropología social actual — vale decir, de las características de nuestra comunidad académica y de nuestras prácticas profesionales — encuentran su punto de partida en esos años de la irrupción de la especialidad en la facultad.²³

Para empezar, en la senda de aquel momento en que la especialidad era apenas un despliegue de voluntad, nuestra antropología social sigue ampliamente politizada porque el *compromiso* cristalizó en forma de una rica paleta de equipos de investigación fuertemente especializados (muchas veces interrelacionados con equipos de cátedra) que han tendido a reproducirse exitosamente. Esto suele implicar una fuerte vinculación con las luchas por el establecimiento y el manejo de temas de las agendas públicas (frecuentemente relativos a la búsqueda del reconocimiento de derechos de ciertos sectores sociales) que involucra tanto una participación activa en su promoción como la selección de los temas a investigar. Otras veces, esa tendencia se presenta de una manera más compleja, como una suerte de reivindicación de los actores que son protagonistas de los procesos sociales analizados, un intento de valorizar públicamente sus saberes y prácticas, o — en su variante menos feliz — una defensa más o menos irrestricta y/o la adopción de sus puntos de vista.²⁴ En fin, incluso los pocos de nosotros que trabajamos sobre cuestiones teóricas relativamente abstractas (en mi caso, el estudio antropológico de la moral entendida como una dimensión de la cognición y, por ende, de la vida social en general y, particularmente, del desarrollo a largo plazo de modos de hacer política) respondemos implícitamente a preocupaciones políticas de un carácter acaso más general (en mi caso, sobre todo, la reivindicación de la política como instrumento de producción de la vida social). Esto es, a mi juicio, un punto fuerte de nuestra práctica profesional, aunque tiene ciertos costos de oportunidad que no son desdeñables.²⁵

El principal de esos costos es que, como nuestras investigaciones tienden a girar en torno de los estudios de casos, la producción teórica es escasa. Visacovsky (2017) ha asociado esta tendencia — que atribuye, más ampliamente, a la antropología social argentina — con la recepción de un programa de investigación predominante a nivel internacional que concibe a la etnografía como un fin en sí mismo y desemboca en una cierta forma de particularismo (véase también Balbi, 2015). Personalmente, creo que, en nuestro caso, el impacto de esa tendencia internacional, así como el de los sistemas neoliberales de acreditación y evaluación (que, con sus exigencias de referir cada paso de nuestras investigaciones a supuestos *debates en curso* y la continua demanda de producción rápida, nos inducen a sobrespecializarnos), es secundario respecto de la fuerte consolidación de un modo de investigar cuya referencia más o menos inmediata a preocupaciones políticas hace que la producción de teoría raramente aparezca como un objetivo en sí mismo. Dicho de otra manera, si nuestra antropología social es más o menos particularista, es por razones bastante diferentes de las que producen un efecto similar en las academias

23. Desde luego, la antropología social de la UBA en nuestros tiempos puede ser considerada bajo otras luces. Véase, por ejemplo, Bartolomé et al. (2007).

24. Me refiero a cierta forma de corrección política que, en rigor, se encuentra muy extendida a nivel mundial en la antropología social y/o cultural contemporánea, de la mano del particularismo cultural y el rechazo del pensamiento científico que son correlatos del interpretativismo predominante (Balbi, 2020).

25. Otra manifestación de esta politización de nuestras prácticas profesionales es la profusión de actividades de extensión universitaria, cuya promoción, por otra parte, es una política institucional de nuestra facultad. Algo similar ocurre, aunque en menor medida, con las actividades de divulgación y transferencia.

centrales. Aquí, los objetivos generales de las investigaciones están normalmente relacionados con el análisis etnográfico de casos entendido como una contribución al avance del conocimiento sobre un área temática considerada como políticamente relevante: en este contexto, a veces se plantean objetivos específicos de naturaleza teórica que, sin embargo, casi siempre están limitados al abordaje de problemas relativos al área temática en cuestión; en cambio, son muy pocas las investigaciones que se ponen como objetivo general el producir teoría. De allí que, como bien observa Visacovsky (2017), los textos dedicados al desarrollo de reflexiones teóricas de carácter más general sean escasos.²⁶

26. Uno de los colegas que evaluaron este texto ha observado que esto también podría estar relacionado con cierta división internacional del trabajo académico acorde a la cual sólo se produce teoría en los centros metropolitanos, mientras que en la periferia apenas se la usa para desarrollar análisis de casos. Si bien no excluiría esta posibilidad, teniendo en cuenta que la forma característica de producción de teoría en la antropología social tiene como *locus* a la etnografía, no creo que la división internacional del trabajo académico pueda explicar por sí misma la escasez de producción teórica en nuestro medio: sospecho, en cambio, que la explicación pasa por el modo en que tiende a ser concebido localmente el *para qué* de la labor de investigación.

De esta suerte, la mayor parte de nuestra producción es etnográfica (aceptando como tal a una amplia variedad de modalidades analíticas) y sus contribuciones tienden a estar relacionadas con la acumulación de conocimiento empírico sobre determinados procesos sociales y, en los trabajos más interesantes, con la detección y el análisis de dimensiones inexploradas de esos procesos. Es claro, en mi opinión, que hay aquí otra virtud: la capacidad de abrir nuevos caminos de investigación que escapan a la atención de los colegas de campos disciplinarios limítrofes a través de una mirada etnográfica sobre la variabilidad y complejidad de los fenómenos analizados que redundan en la crítica de puntos de vista establecidos. Sin embargo, por las razones apuntadas, casi siempre se tiende a desarmar teorizaciones de otras disciplinas antes que a presentar alternativas teóricas. Así las cosas, el hecho es que, si bien se trata de un proceder que arroja resultados positivos, no resulta tan productivo como sería de desear.

Un indicio en este sentido es que los colegas de disciplinas afines suelen tener una imagen de los antropólogos como reacios a las generalizaciones y demasiado propensos a la crítica (por cierto, esto no sólo ocurre en nuestro medio pero, como ya he señalado, entiendo que el particularismo que predomina en la antropología social y/o cultural de las academias centrales tiene fuentes diferentes de las que nutren al que campea entre nosotros). Aunque parcial, esa imagen no es injustificada. Así lo aprendí, a mi costo, cuando me permití criticar un artículo de Silvia Sigal y usarlo como ejemplo de los problemas que subsisten en la construcción del peronismo como objeto de investigación (Balbi, 2009) pero omití, como bien observó mi interlocutora, presentar una alternativa válida (Sigal, 2009). Esta tendencia a desarmar teorizaciones de otras disciplinas antes que a presentar alternativas es, por lo general y con las debidas excepciones, una limitación de nuestra antropología social.

Finalmente, la dispersión inicial de nuestra comunidad profesional en función de temas de investigación considerados como socialmente relevantes entró en una relación de afinidad electiva con la falta de una tradición intelectual compartida, ya fuera que derivara de una apropiación crítica de la *antropología clásica*, de la crítica sistemática de la *etnología* o de perspectivas ajenas a la disciplina que pudieran servir como un conjunto de referencias comunes. Esas tres alternativas fueron impracticables — y, para muchos colegas, las dos primeras fueron inconcebibles — debido a los efectos estructurantes de la historia previa de la Antropología de Buenos Aires. De este modo, en el tumultuoso período de la irrupción de la antropología social en nuestra facultad, primó una heterogeneidad apenas contenida por la voluntad predominante de hacer de la especialidad un forma de *compromiso*, la oposición común contra aquella *etnología* más bien fantasmal, y las arduas tareas interrelacionadas de construir un espacio institucional propio (la carrera, ya rediseñada para incluir a la antropología social, la SEANSO como espacio de investigación, etc.) y

sostener la afluencia masiva de estudiantes que caracterizó a los primeros años de la democracia. Herencia de esos años y de la posterior sobrespecialización a que nos ha empujado la lógica neoliberal de la productividad es, me parece, la falta de un *estilo* discernible que sea común a nuestra antropología social que, en cambio, presenta una amplia dispersión de orientaciones teóricas y metodológicas que tendemos colectivamente a *no-reconocer*, en el sentido bourdiano de la expresión. En cuanto especialistas, desde luego, todos somos ignorantes funcionales, y lo primero que ignoramos es lo que hacen quienes trabajan en nuestra propia institución, tal como se ha evidenciado —no sin generar ciertas incomodidades— en el marco del proceso en curso de reforma del plan de estudios de la carrera. Es cierto que las relaciones trazadas con la Antropología brasileña (Isola, 2018; Visacovsky, 2017), el creciente acceso a la literatura internacional contemporánea que resulta de la generalización del formato electrónico, la presión de los sistemas de evaluación basados en la productividad y la labor docente de colegas *etnólogos* que ocuparon lugares destacados en nuestra carrera, se han combinado para propiciar una reivindicación de la *etnografía*, que en los ochenta y tempranos noventa era rechazada por muchos en la medida en que se la asociaba con la *antropología clásica* y la *etnología* (Visacovsky, 2017). Es cierto, también, que hay vasos comunicantes, lecturas cruzadas y apropiaciones de los trabajos de colegas, especialmente entre grupos que, aún con orientaciones relativamente diferentes, trabajan en campos temáticos idénticos o afines (por ejemplo, entre quienes hacemos antropología *política o de la política* y quienes se dedican a la antropología política y jurídica). Pero, en rigor, hay grandes discrepancias en cuanto a lo que se entiende hoy por *etnografía* (Visacovsky, 2017) y, por otro lado, los efectos de las lecturas cruzadas son apenas moderados debido a la ausencia de formas de colaboración regulares, continuas, entre nuestros equipos de investigación. Aparte, entonces, de una circulación limitada y discontinua de ideas desarrolladas por colegas locales, de una jerga común cuyo valor reside más bien en su función diacrítica, y de la tendencia predominante a vincular nuestras labores profesionales a asuntos socialmente relevantes, me es difícil encontrar rasgos de estilo que hagan a la antropología social de nuestra facultad reconocible, susceptible de ser diferenciada de la que se hace en otros centros académicos del país y, aún, del exterior.

Hay mucho más para decir sobre estos asuntos pero debo conformarme con invitar a los lectores a considerarlos. Sólo he pretendido sumarme a la celebración de los setenta años de *Runa* mostrando que es posible rastrear en sus páginas algunas huellas de los primeros momentos de la producción social de la antropología social que se hace hoy en la Facultad de Filosofía y Letras. Para quienes somos orgullosamente antropólogos sociales de esta casa, aún si en su momento se nos aparecía como un espacio ajeno, *Runa* es hoy una parte integral y un testimonio de nuestra propia historia.

Financiamiento

“Este documento es resultado del financiamiento otorgado por el Estado Nacional, por lo tanto queda sujeto al cumplimiento de la Ley Nº 26.899”. Este trabajo fue parcialmente financiada por la Universidad de Buenos Aires, Proyecto UBACyT N° 20020170100644BA, 2018-2020: “Producción social y valorización en los procesos políticos. Un análisis antropológico” y también por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y

Técnicas (CONICET), PIP N° 11220170100797CO, 2017-2019: “Los procesos políticos en tanto procesos de valorización. Un análisis antropológico”.

Agradecimientos

Agradezco a los editores de *Runa* y, muy especialmente, a las coordinadoras de este *dossier*, Mariela Eva Rodríguez y Ana Cecilia Gerrard, por haberme invitado a participar de esta celebración de los setenta años de la revista. También quisiera agradecer a Rosana Guber y a Sergio Visacovsky por diversos intercambios sumamente productivos en torno de la historia reciente y las características de la antropología social en la Universidad de Buenos Aires. Agradezco, por último, los muy sugerentes comentarios de uno de los anónimos colegas que evaluaron el artículo; no he podido honrarlos plenamente en estas páginas pero espero retomarlos en el futuro.

Biografía

Fernando Alberto Balbi es Doctor en Antropología por el *Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social, Museu Nacional, Universidade Federal do Rio de Janeiro*. Su trabajo actual cubre las áreas de la antropología de la política, la antropología de la moral, la teoría antropológica y la etnografía.

Referencias bibliográficas

- » AAVV (1990). Notas para una historia de la antropología social en la Argentina. *Cuadernos de Antropología Social*, 4, 117-183. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/CAS/article/view/4846>
- » Alexander, J. (1991). La centralidad de los clásicos. En A. Giddens, J. Turner et. al., *La teoría social, hoy* (pp. 22-80). Ciudad de México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes - Alianza.
- » Avena, S. (2022). La obra de Francisco Raúl Carnese y su aporte a la Antropología Biológica argentina. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 43(3), número especial, 465-476.
- » Balbi, F. A. (2009). ¿Explicar “el peronismo”? Apuntes para un debate pendiente. A propósito de “Del peronismo como promesa”, de Silvia Sigal. *Desarrollo Económico*, 49(193), 151-160.
- » Balbi, F. A. (2015). Retratistas de mariposas. Acerca del lugar subordinado de la comparación en la antropología social y cultural contemporánea. *Revista del Museo de Antropología*, 8(1), 171-186. <http://dx.doi.org/10.31048/1852.4826.v8.n1.9516>
- » Balbi, F. A. (2020). Etnografía, comparación y teoría antropológica. *Ethnos*, 1(1): 159-193.
- » Bartolomé, L., Guber, R., Soprano, G., Otero Correa, N. y Prol, L. (2007). *Argentina: La enseñanza de la antropología social en el contexto de las ciencias antropológicas*. (Informe de la Investigación “A Distributed and Collective Ethnography of Academic Training in Latin American Anthropologies”, Latin American Working Group of the WAN Collective). *Red de Antropologías del Mundo - World Anthropologies Network (RAM-WAN)*. http://www.ram-wan.net/old/documents/o6_documents/informe-argentina.pdf
- » Bórmida, M. (1958-59). Unas palabras. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 11, 5-6. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/runa/article/view/4508>
- » Cohen, A. (1974). *Two-dimensional man. An essay on the anthropology of power and symbolism in complex society*. Londres: Routledge y Kegan Paul.
- » Dirección, La (1984). Advertencia. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 14, 9. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/runa/article/view/4489>
- » Guber, R. (2007). Crisis de presencia, universidad y política en el nacimiento de la antropología social de Buenos Aires, Argentina. *Revista Colombiana de Antropología*, 43, 263-298. http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=So486-65252007000100009&lng=en&tlng=es
- » Guber, R. (2008). Antropólogos-ciudadanos (y comprometidos) en la Argentina. Las dos caras de la ‘antropología social’ en 1960-70. *Red de Antropologías del Mundo - World Anthropologies Network (RAM-WAN)*, 3, 67-109. http://ram-wan.net/old/documents/o5_e_Journal/journal-3/3-guber.pdf
- » Guber, R. (2009). El compromiso profético de los antropólogos sociales argentinos, 1960-1976. *Avá*, 16, 11-31. http://www.ava.unam.edu.ar/images/16/pdf/ava16_guber.pdf
- » Guber, R. (2022). *Runa. Una biografía (bastante) autorizada*. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 43(3), 45-74.
- » Guber, R. y Visacovsky, S. (1997-98). Controversias filiales: la imposibilidad genealógica de la antropología social de Buenos Aires. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 22-23, 25-53. <http://www.saanropologia.com.ar/wp-content/uploads/2015/01/Relaciones%2022%20-%2023/02.-%20Guber%20y%20Visacovsky%20ocr.pdf>

- » Isola, N. J. (2018). Argentinos à brasileira. A circulação de antropólogos argentinos pelo Museu Nacional (PPGAS-MN/UFRJ). *Mana*, 24(2), 68-108. <https://doi.org/10.1590/1678-49442018v24n2p068>
- » Lave, J. (1991). Situating learning in communities of practice. En L. Resnick, J. Levine y S. Teasley (Eds.), *Perspectives on socially shared cognition* (pp. 63-82). Washington, DC: APA.
- » Lorandi, A. M. (1985). Palabras en el acto de presentación de Runa XIV. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 15, 9-10. <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/runa/article/view/4453>
- » Name, M. J. (2012). La historia que construimos. Reflexiones a propósito de una investigación sobre la historia de la antropología en la Argentina. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 33(1), 53-69. <https://doi.org/10.34096/runa.v33i1.339>
- » Nastri, J., Cantarelli, V., Gandini, S. y García, A. (2022). La Arqueología a través de *Runa* y viceversa (1948-2019). *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 43(3), número especial, 307-333.
- » Neufeld, M. R. y Wallace, S. (1999). Antropología y Ciencias Sociales: de elaboraciones históricas, herencias no queridas y propuestas abiertas. En M. R. Neufeld, M. Grimberg, S. Tiscornia y S. Wallace (Comps.), *Antropología Social y Política* (pp. 37-58). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: EUDEBA.
- » Ramos, A. y C. Chiappe (2022). Una nueva etapa de *Runa*. Cambios formales y temáticos en la revista durante la gestión de Ana María Lorandi (1984-1990). *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 43(3), número especial, 255-275.
- » Scotto, G. (1993). Una aproximación crítica a “Un ejemplo de hermenéutica bíblica etnográfica. El caso mataco” de Mario Califano. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, 3, 97-107. <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/publicar/article/view/1131/995>
- » Sigal, S. (2009). Respuesta al comentario de Fernando Balbi. *Desarrollo Económico*, 49(193), 161-163.
- » Silla, R. (2022). Marcelo Bórmida visto a través de sus publicaciones en la revista *Runa*. *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, 43(3), número especial, 141-155.
- » Silla, R. (2014). Etnología e fenomenología. Um comentário das obras de Marcelo Bórmida, Tim Ingold e Eduardo Viveiros de Castro. *Sociología y Antropología*, 4(2), 351-372. <https://doi.org/10.1590/2238-38752014v423>
- » Tiscornia, S. y Gorlier, J. C. (1984). Hermenéutica y fenomenología. Exposición crítica del método de Marcelo Bórmida. *Etnía*, 31, 20-38.
- » Visacovsky, S. (2017). Etnografía y antropología en Argentina: propuestas para la reconstrucción de un programa de investigación de lo universal. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 27, 65-91. <https://doi.org/10.7440/antipoda27.2017.03>